BILLY COLLINS

Me figuré las estatuas de los enfermos
recostados en sus camas de piedra,
los suicidas tanteando el filo de mármol,
estatuas de víctimas de accidentes cubriéndose los ojos
los asesinados cubriéndose las heridas,
los ahogados jalando aire silenciosamente.

Y ahí estaba yo,
subido en un bloque de granito gris-rosado
cerca de los árboles dando sombra en un parque,
mi nombre y fechas grabados en una placa,

arrodillado, ojos levantados,
rezándole a las nubes pasajeras,
siempre rogando por un día más.

VIAJAR SOLO

En la cafetería del hotel esa mañana,
la mesera llevaba un uniforme rosa
con “Florence” bordado sobre su corazón.

Y el hombre que checó mi maleta
tenía una placa que decía “Ben”.
Detrás de él había una larga fila de palmeras.

En el avión, dos mujeres servían tragos
de un carrito que empujaban por el angosto pasillo—
“Debbie” y “Lynn” de acuerdo con sus etiquetas aladas.

Y esa era mi compañía
mientras volaba de costa a costa,
diciendo lo preciso y solo para hablar

del café, la maleta, las botellitas de vodka.
Dije poco más que un “gracias”
y un “¿puede retirar esto, por favor?”

Y sin embargo, empecé a sentir que todos ellos
estaban listos para abrirse,
para conocerme mejor, tal vez empezar una amistad.

Florence se veía irritada
al ir de mesa en mesa,
pero ¿estaría disimulando su necesidad

de saber de mis años mozos—
la pelota que lanzaba y cachaba con las manos,
las veces que me escondía detrás
de los vestidos de mamá?

¿Y me equivoqué tanto al ver en los ojos de Ben
un atisbo de interés en mis teorías
y hábitos—mi visión de la Ilustración,

mi amor por la baraja, el horario que tiendo a seguir?
¿Y qué hay de Debbie y de Lynn?
No se veían ansiosas por preguntar acerca
de mi proceso de escritura,

mi forma de componer por las mañanas
cerca de la ventana, lo cual yo habría admitido
si tan solo hubieran tenido el valor de preguntar.

Y de forma extraña—yo habría continuado
al dejar ellas de servir los tragos
y los otros pasajeros voltear a escuchar—
la única emoción que siento, Debbie y Lynn,
es lo que el castor debe sentir,
al llevar cada vara hacia su construcción oculta,

la cual crea el estanque tranquilo
que da al ánade real un lugar para chapotear,
al par de cisnes un lugar donde esconder a sus crías.